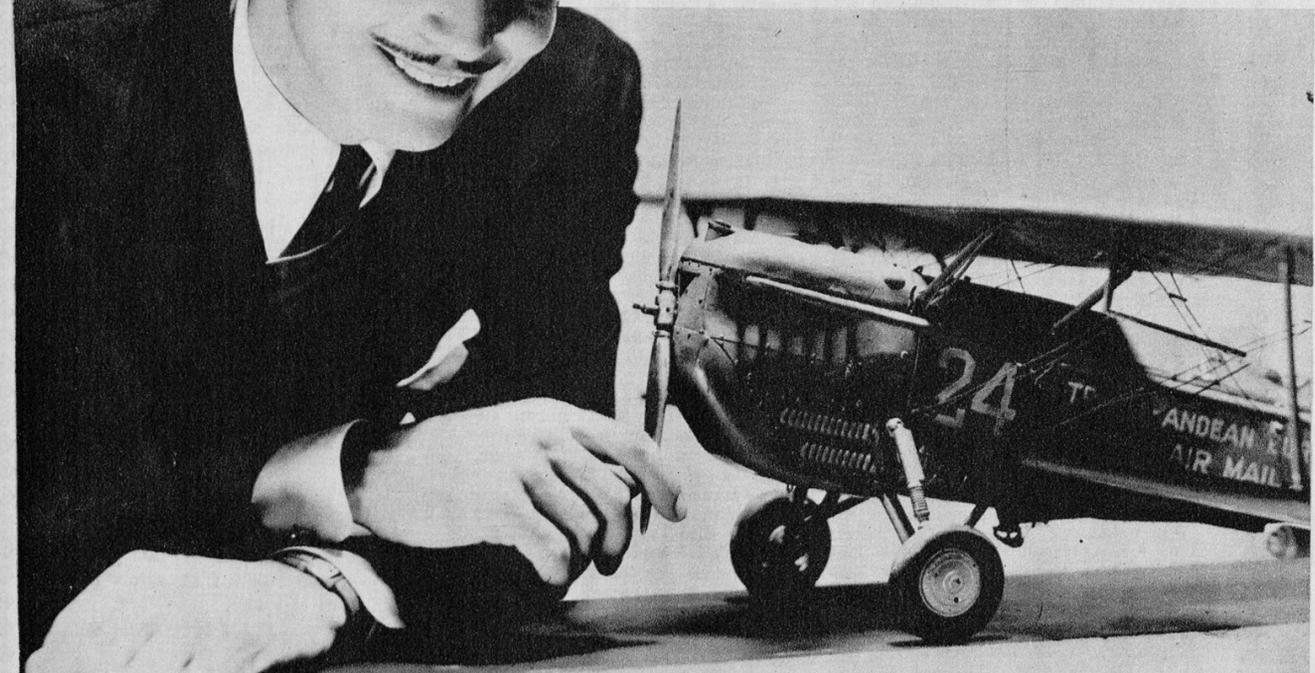




Una interesantísima escena del nuevo film de la «Columbia», «Las amarguras del general Yen»



Clark Gable, héroe de un nuevo drama de aviación de la Metro Goldwyn Mayer



Jean Harlow, la sugestiva star de la M. G. M., admirando su colección de fotografías con autógrafos de las más destacadas figuras de la Cinematografía

Johnny Weissmuller, el célebre «Tarzán» de la pantalla, rodeado de bellísimas «girls» dispuestas para filmar una nueva revista



Dos distintos momentos de la película «Canción de Oriente», por el gran actor Ramón Novarro y la excelsa actriz Helen Hayes, que se proyectará mañana en el Cine Urquinaona



La excelsa actriz Helen Hayes, y el gran actor Ramón Novarro, en una interesante escena de «Canción de Oriente», cuyo estreno se verificará mañana

Directores fantásticos y un director real: Frank Borzaga

Si C. Henry viviese hoy encontraría abundante inspiración para sus obras en Hollywood, la moderna Bagdad, pero por mucho que buscase no podría nunca encontrar ningún fantástico individuo igual al director cinematográfico descrito por los novelistas o fruto de la imaginación popular. No existe tal ejemplo. Quizás existiese un día, aunque los veteranos de Hollywood, que asistieron a los tiempos heroicos de la cinematografía, persistan en negarlo.

El hecho es que el fantástico director en cuestión, con pantalones y botas de montar, camisa Lord Byron, gorra con visera hacia atrás y bastantes brazaletes—esclavas para admirar un salvaje africano, sentado con el megáfono en la mano y como un rey en su trono y rodeado de sus satélites, dando órdenes a directores-ayudantes y artistas, es un compuesto de algunos excéntricos de Hollywood, especie tan extinguida hoy como la del pájaro dico.

Un ejemplar parecido provocaría hoy la risa y tendría que huir del "set", si existiese y lograra persuadir a algún estudio que le confiase la dirección de una película.

El director que triunfa en 1933 es un hombre de negocios que viste y obra como cualquier directivo en todos los órdenes de la vida. Es un "gentleman", en el "set" y fuera de él, que merece el respeto de superiores y subordinados, y que no tiene tiempo para adoptar poses interesantes. De él depende en gran parte el rendimiento de las sumas invertidas en los films, que ascienden a centenares de miles de dólares y a veces a mayor cantidad, debiendo combinar durante varias semanas lo artístico con lo práctico, la visión y el sentido común.

Uno de estos directores es Frank Borzaga, director de "Secretos", de Mary Pickford, que presentarán en breve los Artistas Asociados. Teniendo en su haber producciones como "Humoresque", "El Séptimo Cielo" y "Adiós a las armas", se le podría perdonar alguna excentricidad: pero no tiene ninguna, a excepción de que está chupando continuamente su pipa.

Viste con sencillez y buen gusto, y conserva su forma física mediante la práctica del golf, pelota a mano y "spuash". Ha detentado los campeonatos del distrito y de la costa del Pacífico de los dos últimos deportes. Es amable y cortés con todo el mundo. Nunca levanta la voz, por exasperado que esté. Cree, y practica lo que predica, que los más humildes extras han de ser tratados, igual que las estrellas, como damas y caballeros si no demuestran con su conducta lo contrario.

Ha ganado por dos veces, y es el único que se puede envanecer de

El maquillaje en la caracterización

El maquillaje es enteramente superfluo para casi todos los actores de la pantalla!

Tal es la asombrosa declaración de Cecil Holland, veterano artista de aquel departamento en los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer.

"El maquillaje completo—explicó Holland—sirve únicamente para ocultar algún defecto. Cuando no hay defecto visible, la pintura es superflua.

"La artista que no tiene pecas ni manchas en la tez necesita solamente tostarse un poquito al sol, usar mascaró para las pestañas y rojo para los labios... y fotografiará mucho mejor que si estuviera cubierta de pintura."

Hay veces, sin embargo, en que el maquillaje es indispensable para caracterizar al personaje. Y así, día tras día, los hábiles dedos de Cecil Holland trabajan el rostro de las luminarias en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer.

Bajo su diestro golpeo y fricción, las facciones adquieren el resplandor de hermosura; apuestos mozos envejecen en una hora, convirtiéndose en ancianos barbudos y de ojos mortecinos; o tal vez grandes artistas asumen la palidez macrada de obreras debilitadas por el trabajo.

Todo es lo mismo para Cecil Holland, quien no se interesa en el sujeto, sino en los resultados fotográficos de su diestra labor.

Entre sus obras de arte en el disfraz, Holland está particularmente orgulloso de la transformación que operó en Ralph Morgan para "Rasputín y la Zarina". Morgan, que representaba al infortunado zar de Rusia, no se parecía en nada a este famoso personaje; pero algunas horas de trabajo con espíritu de goma, barbas postizas, masilla de aceite y sombras finamente dibujadas, obtuvieron como recompensa el efecto deseado.

Holland dice que es sumamente difícil transformar un rostro cuando no se cambian, sino que más bien se intensifican, las líneas naturales.

Este caso se presentó con Walter

ello, el más alto honor de la cinematografía, la recompensa de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas; no obstante, es tan modesto que cambia de conversación cuando le es presentada alguna persona que empieza por felicitarle por sus éxitos.

Borzaga, que ha sido actor, generalmente permite a los artistas que interpreten los papeles a su modo. Tiene una paciencia infinita. Siempre procura comprender los puntos de vista ajenos. Hace quince años que está casado y aún no se ha divorciado.

Una artista cosmopolita

Hollywood considera a Mona Maris, que interpreta un interesante papel en el film de Mary Pickford "Secretos", que veremos en breve, como una artista verdaderamente cosmopolita.

Es, en efecto, argentina, de Buenos Aires; su padre era español y su madre francesa, se educó en París, Londres y Berlín, y se hizo famosa como artista de la pantalla en Europa antes de trasladarse a California hace cinco años.

Aunque interpreta papeles de sirena, sólo fuma en la pantalla y no le gustan las drogas tóxicas. Detesta las fiestas y prefiere estar sola o con uno o dos de sus amigos íntimos.

Huston, a quien debía dar la apariencia de borracho en ciertas escenas de una película. Sin acudir a maquillajes, Holland acentuó las líneas de la cara, ahondando las mejillas con sombras cuidadosamente diluidas.

"Es como el artista que pinta un cuadro — musitaba—. Después de aprender la técnica fundamental (en este caso, la técnica es el arte de aprovecharse de todos los accesorios, desde la piel de pescado hasta aplicaciones de esponjas de goma elástica), el resto es una ciencia indefinible. El pintor tiene el cuadro en el cerebro, y luego se esfuerza en darle forma material."

Cambiar el aspecto juvenil de Leslie Howard en el anciano de "El amor es eterno" fué labor de romanos. Exigió todos los recursos del artista del disfraz simular la red de finas arrugas en el rostro de un hombre sin perder los lineamientos principales del personaje.

La destrozada mejilla de Lewis Stone en "Grand Hotel" no fué maquillaje tan difícil como podría parecer a primera vista. Trocitos de algodón coloreados y diestramente aplicados dieron en la fotografía un efecto más realista de lo que pudiera haber sido la verdadera cicatriz.

"Ahora tengo una tarea peculiar—continuó Holland, sonriendo—. Las chicas que figuran en una representación de muñecas en cierta nueva película, deben aparecer realmente como muñecas mecánicas. Así estoy pensando en arreglar cierto accesorio para aplicárselo en las rodillas y en los codos de manera que se abra y cierre conforme lo hacen las convunturas de las muñecas al mover los brazos o las piernas."

A favor de aplicaciones de masilla, un pedazo de goma elástica abierto por la mitad y un poquillo de pintura cubriendo el conjunto, el ingenioso invento se produjo con gran rapidez.

E. McNEAR

Las artistas y sus admiradores

Atender a la correspondencia que les envían sus legiones de admiradores es labor ardua para Marion Davies y Madge Evans, encantadoras actrices de la Metro Goldwyn Mayer.

Las cartas para Miss Davies proceden de todos los rincones de la tierra, escritas en todos los idiomas y con una variedad tal de sellos de correo que llenarían de satisfacción a cualquier coleccionista.

Marion recibe poco más o menos un millar de cartas por semana, que se contestan puntualmente, tomándose buena nota cuando piden fotografías para mandarlas en su oportunidad.

Gran parte de esas misivas contienen otras variadas peticiones. Por ejemplo, cierta dama escribió a Marion Davies rogándole que levantara la hipoteca que tenía sobre su casa; otra, enviaba los planos de un "bungalow", esperando que la actriz le facilitara el dinero para construirlo.

Algunas veces las cartas van acompañadas de regalos. En este caso, los paquetes son invariablemente devueltos sin abrir, ya que Miss Davies tiene por norma no aceptarlos.

Llegan muchas cartas en que se habla de amor; otras, en que el admirador busca solamente establecer correspondencia con su favorita. Abundan también aquellas en que se elogia el arte de la actriz y también sus contribuciones a obras de caridad.

Magde Evans es una de las artistas que más estima la correspondencia de sus admiradores. Cada carta es motivo de intensa satisfacción para ella, y no deja de leer una sola, pese a que recibe diariamente alrededor de un centenar.

"Cualquiera que deliberadamente se sienta y escribe una carta expresando su complacencia por la labor de una artista, merece toda la consideración posible", declara Miss Evans. "Atendiendo a lo que se me dice en cada carta, encuentro muchas indicaciones útiles a mi carrera."

"Amenudo recibo cartas expresando el deseo de verme trabajar con tal o cual artista, y muchas veces me ha sorprendido ver que el juicio del público coincidía exactamente con el de los funcionarios del estudio.

"Recientemente me escribió una dama diciéndome que cierto peinado que usaba en determinada película no me favorecía en absoluto. A decir verdad, al principio me contrarió un poco; pero después de observarme en el espejo comprendí la razón que tenía la autora de la carta y cambié inmediatamente de peinado.

"Lo menos que puedo hacer para demostrar mi agradecimiento es leer cada una de las cartas que recibo.

El matrimonio y yo

No me he casado nunca, por más que se me hayan presentado muchas ocasiones para ello.

El haber permanecido en feliz soltería no se debe a que yo sienta prevención contra el matrimonio. Más bien ha sido la reverencia que me inspira el matrimonio lo que me he hecho decir siempre nones.

En los días que corren, la mujer que logra conservar el amor de un hombre es superior a la que logra inspirar admiración a muchos.

Casi no hay mujer moderna que no sea capaz de cautivar al hombre que le agrade; pero, ¿puede conseguir que él no la deje? Según yo lo veo, casarse es fácil. Es en seguir casada con el mismo hombre en donde está el problema.

Cuando me case, y ha de ser un día de estos, será para que dure mi casamiento. No quiero nada con abogados especialistas en divorcios. Cuestan un sentido.

Así como así, de no haber sido por los consejos de mi madre, puede que estuviese yo a estas horas casada con alguno de los que me pretendieron. Mirando a lo pasado, comprendo que mi madre me aconsejaba bien.

A ella no le agradaba ninguno de los hombres a quien yo traté cuando era jovencita. Más adelante, cuando empecé a progresar en mi carrera, relegué al matrimonio a segundo plano para concentrar todo mi pensamiento en mi trabajo. Mi madre cayó enferma: durante el tiempo que estuvo así me pareció que era mi deber dedicarme a cuidarla a ella, que tantos cuidados y tanto cariño me había prodigado. Al morir mi madre hace tres años me apliqué a trabajar con más empeño que nunca.

Cuando me case no será con ninguno de los buenos mozos de Hollywood. No es que yo tenga nada con ninguno de los apolos; sin embargo, prefiero para mí un hombre que no llame la atención por lo hermoso. Hallo a los otros más atractivos. Además, habría menos dificultad en lograr que sepan ser constantes.

MAE WEST

y si solicitan mi retrato, mandarlo. Aunque esto me roba a veces algunas horas de descanso, lo hago encantada, por considerarlo parte de mi profesión. Después de todo, si el público no fuera a ver las películas, los artistas estaríamos de más." J. M.

Ambición realizada en la pantalla

Jack Holt ambicionaba de muchacho llegar a ser ingeniero civil, y cuando estuvo en la Academia Militar de Virginia cursó materias preparatorias, pero al graduarse del Instituto, en lugar de continuar sus estudios halló trabajo con una Compañía que construía una vía férrea en el Oeste de los Estados Unidos. Jack Holt, por lo tanto, sabe algo práctico del papel que representa en "Delirios del Trópico", su reciente película para Columbia, en la cual interpreta a un ingeniero constructor de ferrocarriles.

Si Jack hubiese continuado los estudios para los cuales tenía definida vocación, otra sería su historia; pero su afición al caballo le hizo engancharse de vaquero en un "rancho" del noroeste al terminarse el trabajo ferroviario, y de allí siguió, siempre impulsado por el amor a la ventura, hasta Alaska, tentando la suerte y arriesgando peligros con los otros catadores de oro. Fueron esos días de verdadera aventura, que han dejado su marca indeleble en el carácter de Jack Holt. Hasta llegó a ser correo a caballo, viajando más de 175 kilómetros en aquellas soledades; uno de los trabajos más solitarios y peligrosos en aquel tiempo, pleno de inesperados accidentes.

Volvió más tarde a San Francisco, donde una pequeña Compañía había ido de Hollywood a tomar unas escenas de "Salomy Jane". Quería la acción de un salto peligroso y Jack Holt, que andaba a la deriva, sirvió de doble del astro. Lo que ganó apenas le sirvió para curarse dos costillas rotas, pero le despertó la ambición de actuar en el cine. Llegó a hacer el protagonista en una película de serie, y más tarde recibió un contrato de la Paramount, apareciendo en casi todas las obras de Zane Grey que esa productora llevó a la pantalla.

Los profundos disturbios producidos por el advenimiento de las parlantes, que derribó a tantos ídolos de las silenciosas, fué para Jack Holt, al contrario, la oportunidad que le llevó finalmente al estrellato. En busca de un actor viril, Columbia se fijó en Holt; su educación le permitió demostrar que podía hablar tan bien, o mejor, que actuar en lances arriesgados, es decir, le contrataron la voz a Jack y el resultado ha sido un serie de verdaderos triunfos para el astro y la productora, entre ellos "Dirigible", "Alas", "Submarino", "Bajo el cielo de Shanghai" (Corresponsales de guerra), "La mujer del otro" (El dictador), varias otras no menos interesantes y esta última en que el astro se revela con su acostumbrada audacia, "Delirios del Trópico".

Una ojeada al interior de un Estudio cinematográfico

Tras varios días de neblina, brillaba el sol alegremente en la mañana a que aludimos.

Por consiguiente, reunieron en los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, centenares de «extras» negros, que acomodaron en los grandes ómnibus que usa la compañía cuando se va «de campamento», emprendiendo en seguida la marcha al bosque de Sherwood, donde iban a filmarse escenas al aire libre para una nueva película.

Por todos lados reinaba una actividad extraordinaria.

Cocineros adicionales acudían al restaurant de los Estudios para satisfacer la demanda de comestibles. Cajas conteniendo un almuerzo para cada persona tenían que prepararse a toda prisa para ser despachadas al campamento. Cajas de botellas de leche debían entregarse con el mismo objeto. Camiones cargados de equipo fotográfico y sonoro, de instalaciones de luz eléctrica, salían zangoloteándose uno tras otro del recinto de los Estudios. Arrancaban a los actores principales de la mesa del desayuno, advirtiéndoles que no se presentaran en el escenario interior. Los automóviles de transporte vendrían a buscarlos.

En realidad, este alboroto matinal constituye parte de la rutina diaria en el seno de un gran Estudio cinematográfico. Y es un aspecto de la factura de películas, que rara vez tiene el público ocasión de presenciar.

En los alrededores de la oficina de reparto hormiguea una multitud de hombres y mujeres de todas edades, razas y colores, esperando que tal vez alguno de aquellos imprevisibles cambios en la producción represente para ellos un día de trabajo al último minuto.

Durante esas horas tempranas, antes de que las cámaras comiencen a funcionar, es cuando reina mayor actividad en los Estudios, cambiándose a veces los planes de manera inesperada.

En la parte posterior del Estudio, hacia la entrada de los empleados, se reúnen otros grupos: carpinteros, pintores, electricistas y demás operarios, aguardando la voz que haya de dirigirles a alguno de los diversos escenarios o talleres.

Los timbres de teléfono vibran constantemente en la oficina de producción. Parece aquello una columna, con sus múltiples idas y venidas y demandas precipitadas que es preciso satisfacer en forma tal que no estorben la labor de una docena o más compañías que han de comenzar sus labores a las nueve en punto de la mañana.

Las puertas del departamento de vestuario están abiertas de par en par. Es necesario procurar trajes apropiados a varios centenares de «tipos» para la nueva película que filman al presente Ramón Novarro y Jeanette Mac Donald.

Tan pronto como cada «extra» re-

cibe su paquete, le hacen cruzar apresuradamente la calle en dirección al departamento de maquillaje, donde un grupo de expertos les aplica diestramente barbas y bigotes.

El reloj sigue su marcha inexorable... tic tac... tic tac... acercándose más y más las manecillas a señalar las nueve...

«La compañía de Harlow ha tenido que mudarse al escenario 21 para fotografiar el camarín... La compañía de Garbo no terminó anoche en el escenario número 2...»

Suena el teléfono. Las órdenes escritas cambian de mano. En pocos instantes los tractores arrastran las inmensas secciones de paredes del escenario de la Harlow, conduciéndolas a la calle donde los carpinteros están levantando otro escenario.

Del departamento de accesorios salen camiones cargados de muebles y decoraciones en dirección a diversos escenarios.

«La compañía de Ed Wynn quiere otra vez el oso para la primera escena esta mañana...»

Una llamada telefónica al jardín zoológico da por resultado que un enorme oso negro emprende viaje al Estudio.

Las luminarias comienzan a llegar. Entre las primeras se cuenta Greta Garbo; después de unos minutos aparece Clark Gable; luego, John Gilbert...

El reloj continúa su marcha inexorable... más y más cerca de las nueve.

En el departamento de las peinadoras, cada cual trabaja febrilmente. «¡Arreglad el peinado a la Pompadour a todas las muchachas para no retardar el número de período en la película de la Crawford!»

Una tropa de esbeltas coristas acude a la oficina de reparto.

«Maquillaje completo del cuerpo; esta mañana va a filmarse la escena del tióvivo...»

En el escenario posterior, una cuadrilla de jardineros arreglan el césped, remendando los espacios pisoteados, plantando de nuevos los arbustos arrancados la noche anterior. El jardinero en jefe, armado de una fotografía, les indica exactamente el lugar donde estaba situado previamente cada arbusto y cada banco. Todo debe aparecer idéntico a como estaba la víspera.

«La compañía Davies tiene que imprimir de nuevo esas escenas de danzas en el jardín...»

Los directores y cortadores están ya en los salones de proyección mirando los «rushes» del día anterior.

«Necesitamos otro «close-up» de la Dressler en esa escena. Anótelos en el programa del día...»

Llegan más estrellas. Marion Davies, Robert Montgomery, Max Baer, Lionel Barrymore, Madge Evans, Jack Dempsey, Lee Tracy, Jack Pearl...

El reloj da las nueve. En una docena de escenarios diferentes y paisajes de exterior, los

El famoso aullido de Tarzán

Johnny Weissmuller no habrá dicho una sola frase cuando triunfó rotundamente personificando a «Tarzán», pero gritó, ¡y desde entonces ha estado ejercitando sus cuerdas vocales!

La primera vez que se oyó el prolongado aullido—que hacía estremecer los candelabros de todos los teatros del mundo—muchos pensaron, incrédulos, «¡imposible que nadie grite tan fuerte!» Sin embargo, Johnny Weissmuller lo ha demostrado.

Después del estreno de «Tarzán, el hombre mono», la gente abrumaba al campeón de natación con invitaciones a fiestas sociales. Todos insistían en reunirse con el gigante, que les hiciera vibrar de emoción.

Así, pues, Johnny se desprendió de su escasa y selvática indumentaria, sustituyéndola con el traje de etiqueta y la almidonada pechera. Como la Metro Goldwyn Mayer no el permitía cortarse la melena, tuvo que ataviarse con el peine para lucir presentable y concurrir a la primera reunión.

En la fiesta, Weissmuller sobresalía por su altura entre todos los invitados. Las damas cuchicheaban en pequeños grupos...; los hombres miraban con cierta alarma su extraordinaria estatura.

Finalmente, una viuda, no muy joven por cierto, agarró a Weissmuller por un brazo, llevándolo a la terraza, con gran alegría del joven, que, lejos de la apiñada multitud, podría aspirar un poco de aire fresco. Pero la dama no se quedó en la terraza, sino que siguió hacia el jardín.

Cuando llegaron a un sendero extraviado, la viuda, de repente, apretó el brazo de Weissmuller y susurró dramáticamente:

«¡Ahora, Tarzán, hágame el favor de lanzar un aullido!»

Llevaba Weissmuller pocas semanas como miembro honorario del Cuerpo de Guarda de Bañistas en la playa de Santa Mónica, cuando realizó su primer acto oficial salvando a Bob Wheller, un chico de doce años, a punto de ser lanzado por las olas contra el pilotaje del embarcadero. Johnny le prestó los primeros auxilios al mozo, que a poco recobraba el sentido. Cuando el chico abrió los ojos y reconoció a Weissmuller, exclamó: «¡Oh, Tarzán!», y cayó desmayado antes de que su salvador pudiera hincharse los pulmones y lanzar el grito famoso.

directores hacen una señal con la cabeza a los fotógrafos:

«¡Listos! Haced funcionar las cámaras!»

Y otro día de labor empieza en el inmenso Estudio cinematográfico. Carmen DE PINILLOS

Todos los Estudios de Hollywood tienen su galería de espectros

Todos los estudios cinematográficos de Hollywood tienen su galería de espectros. Al decir esto no tratamos de sugerir en el ánimo del lector nada espantable. Nos referimos apenas a la colección de figuras, de maniqués en los que se hallan reproducidas con fidelidad que sorprende, que en ocasiones causa hasta un ligero escalofrío, los grandes actores y actrices de la pantalla.

Aquí vemos a Rodolfo Valentino tal y como si hubiese vuelto a la vida. Y a Isabel Normand. Y a Belle Bennet. Y a Lya de Putti y Julia Swain Gordon.

Esos maniqués y muchos más, que sirvieron en un tiempo para que se dieran con ayuda de ellos los toques finales a los trajes que los actores habían de llevar en escena, se alinean en extenso salón, un pasaje por el cual equivale a repasar la larga historia de brillantes triunfos no por entero olvidados.

Y no son solamente los que ya emprendieron el viaje del que no se regresa quienes se hallan representados ahí. Florence Vidor, Trixie Friganza, Gloria Swanson, Pola Negri, Clara Bow, Bebe Daniels, Norma Talmadge, Louise Brooks, Fannie Brice, Eleanor Boardman, Lina Basquette, Olga Baclanova, Betty Bronson, Enid Bennett, Bárbara Bennett, Betty Compson, Dot Farley, Pauline French, Lillian Gish, Jacqueline Logan, Gertrude Olmstead, Mae Murray, y muchísimas más hallan allí sitio.

Los de los muertos se conservan como un piadoso recuerdo; los de los vivos que en la actualidad no figuran en el cine, en previsión de que vuelvan. Confundidos con esos maniqués, que, en una forma u otra, se hallan fuera de la actualidad, aparecen los correspondientes a estas: Mae West, Marlene Dietrich, Miriam Hopkins, Carole Lombard, Claudette Colbert...

Entre todos ellos sobresale el de Jobyna Howland, el más alto de todos. Por lo diminutos llaman la atención los de Gloria Swanson y Jobyna Ralston, cuya pequeñez cede, sin embargo, a la extremada del de Frances Fuller, la actriz a la cual vió el público no hace mucho en «La mujer preferida» («One Sunday Afternoon»), el film Paramount cuyo intérprete principal es Gary Cooper.

Por su corpulencia sobresalen los de Trixix Friganza y Kate Smith, a los cuales no les va muy en zaga el de Alison Skipworth.

Inconfundible entre todos es el de Mae West, cuyas curvas son perfectas como las de la gloriosa actriz de «Nacida para pecar» («She Done Him Wrong») y «No soy un ángel» («I'm No Angel»).

Fredrich March y Charles Laugh-ton son los únicos actores que, con

Una realización de King Vidor

Ronald Colman reaparecerá en breve en nuestras pantallas en «Su último pecado», basado en «Cynara», el éxito teatral internacional.

Al producir este film, Samuel Goldwyn confió la dirección del mismo a King Vidor, para añadir un nuevo contraste a la sucesión de películas que comienza por «La calle» y «The Crowd», pasando por «Aeluya». Constituye un género nuevo para él y señala quizás una nueva ruta al eminente director por el campo de la sofisticación.

«Su único pecado» es la novela de un brillante abogado de gran porvenir en el foro inglés, felizmente casado y muy devoto de su esposa, que se ve envuelto en un amorío durante su ausencia. Amorío que empieza de un modo casual y se convierte en fatal, tanto para la joven que anhelaba la felicidad como para el hombre que quería ser bondadoso. Una esposa regresa para encontrar que el hogar que ella creía guardador de su felicidad, su dignidad y su seguridad está deshecho para siempre, y que, juntos o separados, ella y su esposo han de reconstruir un mundo perdido.

En el film no hay, como no los había en la obra teatral, ningún villano ni ninguna vampiresa.

Es una historia simple, que empieza por un flirteo sin importancia y conduce a un romántico idilio, a la estridente notoriedad de un proceso judicial, y terminando en el epílogo, en el cual una esposa, que ama todavía, ha de oír estas retadoras palabras: «¡Dígame usted misma que no volverá a verme nunca!»

King Vidor ha hecho de la respuesta a este reto el momento culminante de la película. Su misión, decía él, era convertir el «diálogo en pantomima». La obra teatral tenía seis escenas; el film tiene cuarenta y cinco. King Vidor ha hecho del proceso un aguafuerte, un vívido estudio de humanidad. Simboliza la multitud ávida de sangre, la inquisición para un alma. Con un mínimo de diálogo solamente, trató de darnos una visión de las caras de los miembros del jurado, del público, de los empleados de la justicia, del desprecio de las llamadas personas decentes por un hombre que ha cometido una falta y se ha apartado del camino trillado.

el difunto Valentino, figuran en la galería donde tan profusamente representado se halla el bello sexo.

El único traje, llamémoslo así, que aparece a la vista es la armadura que llevó Geraldine Farrar cuando hizo el papel de Juana de Arco. Todos los demás pasaron de las actrices que los lucieron en las películas a las extras, que los llevaron en otras de ellas quien sabe adónde.

¿Paga el «Crimen»?

Los cartelones que la policía neoyorquina ha colocado en tranvías, trenes subterráneos, edificios públicos, etc., durante la reciente campaña contra el elemento criminal, dicen: «¡El Crimen no paga!» Sin embargo, existe el precedente de que el «Crimen» ha pagado, y pagado con creces. En 1927 apareció en un escenario neoyorquino un drama titulado «Crimen», se sostuvo por algunas semanas... y pasó al limbo de los fracasos teatrales. Pero «Crimen» demostró algo: la bondad del elenco. Todos los que aparecieron en las partes principales han tenido éxito en la pantalla: tres hombres y cuatro mujeres que hoy ocupan puestos distinguidos: Chester Morris, Kent Douglas y James Rennie, y las artistas Sylvia Sidney, Kay Johnson, Kay Francis y Bárbara Barondes.

—Yo soy la más humilde—dice Bárbara, rememorando los días que pasó en el «Crimen» y refiriéndose a los triunfos alcanzados por sus colegas. Bárbara hizo su debut filmico en «Rasputin», y la dama principal de «Delirios del Trópico», con Jack Holt.

¡Y hay quien dice que el «crimen» no paga! ¿Que se lo pregunten a Bárbara Barondes los policías de cualquier parte!

Si se reúnen varios violines pueden producir las tonalidades de un órgano gigantesco; si se reúnen demasiadas miserias y terrores en un corazón, el espanto de un incendio, un terremoto o una guerra pueden parecer infinitamente pequeños. Así, pues, «Su único pecado» no es una epopeya de violencias físicas, sino más bien de emociones.

Ronald Colman se encarga de la tarea de humanizar los suaves sofismos de la obra, de hacer el personaje más perdonable. No es un papel «romántico» el suyo, no es un papel del todo simpático, sino que exige una infinitamente bella cualidad humana, una delicada gradación que dan relieve al personaje, han del carácter, la rectitud y decencia que da nrelieve al personaje, han de ser negadas, una vez creadas, por el «affaire» amoroso que causa su ruina. La versión filmica de la obra exige de Colman una interpretación más persuasiva que la exigida a Philip Werivale en la versión escénica que se representó en Nueva York, y a Gerald du Maurier en la representación en Londres, pues las imágenes ampliadas, intensificadas, del lienzo argentado son menos benévolas, menos generosas y más exigentes que las distancias y las baterías que separan al actor del público en el teatro.

JUAN MENENDEZ